

gran número de simples fieles brillaban igualmente por el esplendor de las mas sublimes virtudes y de un saber el mas sólido. Los escritos de los cristianos estaban llenos de unas ideas tan nobles y de una moral tan pura, tan adoptada á las necesidades de la humanidad, que obscurecian todo lo que los sabios y los filósofos habian discurrido de mas esacto sobre los grandes objetos en que se habian ocupado toda su vida. Las costumbres de los cristianos puestas en contraste con las de los demas hombres, tenian alguna cosa tan extraordinaria y tan penetrante, que no podia dejar de tocarse. Su desinterés, su paciencia, su piedad oficiosa, su modestia, en fin, aquel aire de candor y de gravedad que aparecia en su modo y en toda su conducta inspiraban el respeto y la admiracion por unos hombres tan diferentes de los otros y por la religion que los habia formado."

Pasemos al cuarto siglo, en que la Iglesia salió de la opresion, y en que acabadas las persecuciones, con el fin de la mas terrible que sufrió bajo el imperio de Diocleciano, enjugadas sus lágrimas, se presentó en medio de la paz, y fijó el signo santo de la Cruz en el estandarte victorioso de Constantino. En este siglo se consagran al verdadero Dios nobles y magestuosos templos decorados con todas las riquezas de la naturaleza y del arte; se le da al culto esterno todo el esplendor posible, las solemnidades se celebran con magnificencia y la alegría reboza en el corazón de los fieles. Los ministros del santuario tra-

bajan con actividad y zelo en el cumplimiento de sus deberes, y las brechas que habian hecho á la disciplina los anteriores siglos de persecucion son reparadas por los obispos, que se aprovecharon oportunamente de la paz que disfrutaban.

Los enemigos del sacerdocio, calumniando á los sacerdotes de este siglo dicen, que despues de la conversion de Constantino los obispos frecuentando la corte se hicieron ricos y poderosos, que se apoderaron del gobierno de la Iglesia y quisieron dominar en los concilios; que los papas se hicieron importantes por las riquezas de su Iglesia; que los patriarcas de Constantinopla del todo vivian entregados al lujo y al fausto; que los mas grandes señores ambicionaban á esta dignidad, para darse un nuevo grado de autoridad, y que últimamente el sacerdocio y el imperio comenzaron á disputarse los límites de su autoridad.

Es preciso que los escritores sean imparciales para ser creidos, y esta imparcialidad y buena fe es la que falta en los partidarios del error. Los hereges y filósofos impios, escribiendo sin crítica ni juicio, dirigiéndose únicamente á desacreditar al clero, para arrancar como infructuosamente pretenden, la religion santa de Jesucristo, no se paran en hacerles las mas falsas imputaciones, sacando consecuencias generales de hechos particulares, lo que es contrario á la buena lógica. Esto vemos en las calumnias con que desacreditan al clero del siglo IV. Es verdad, que

en este siglo no faltaron sacerdotes de costumbres aseglaradas, ambiciosos que apreciaban mas el palacio que el altar, y cismáticos, que por su particular interes no dudaban posponer á el los derechos de la Iglesia; Mayoriano y Donato en Cartago, y Felix y Ursicino en Roma dan testimonio de esta verdad: pero la relajacion del clero no era sino de algunos particulares, lo que no puede servir de prueba para la generalidad que se pretende.

Los pontífices que ocuparon la cátedra de S. Pedro en este siglo fueron unos hombres ilustres por su saber y sus virtudes: S. Marcelo, S. Melchiades, S. Silvestre, S. Julio, S. Damaso, S. Siricio &c. fueron muy acredores al puesto que ocuparon en la iglesia de Dios, y supieron defender con energia los dogmas de la religion, la sana moral y la disciplina de la iglesia. El arrianismo se levanta, y los santos obispos en los concilios particulares y últimamente en el primero general celebrado en Nicea y presidido por los legados del papa, le condenan y confunden. En esta asamblea augusta de 318 obispos, se ven brillar las virtudes mas eminentes, y algunos de los prelados que concurren á formarla se hallan marcados con las señales de los tormentos, que padecieron por Jesucristo en el tiempo de las persecuciones: en todo este siglo se vieron los mas grandes ejemplos de virtud en los ministros del santuario, y aunque la heregia arriana arrastrò á muchos al error; pero siempre habia en la iglesia innumerables

que la sostubieran con la doctrina y el ejemplo. Si se nos quiere formar argumentos contra el clero de este siglo, con el Ambicioso Arrio, con el soberbio Macedonio, con el cortesano Eusebio y otros que se separaron de la verdad, nosotros decimos que estos faltaron á sus deberes no solo como ministros de Dios sino tambien como cristianos, y que las faltas de los hereges que la iglesia ha condenado no pueden servir de argumento para el fin que los incrédulos se proponen, y á estos les opondremos nosotros á los romanos pontífices que ocuparon en este siglo la cátedra de S. Pedro, á S. Atanasio en el oriente de quien dice el abate Bléterie, que fue el mayor hombre de su siglo, y que tal vez considerado todo, no lo ha tenido la iglesia jamas mas grande, á S. Hilario en el occidente, á S. Basilio llamado por Teodoreto, la lumbrera de Capadocia. S. Gregorio Niceno, S. Gregorio Nacienceno, S. Efen, S. Cirilo de Jerusalem, S. Ambrosio obispo de Milán, S. Optato Milevitano, S. Epifanio y otros muchos que estaban adornados de las mas grandes virtudes. Esos sacerdotes y obispos relajados, que olvidados de su alto ministerio, en los palacios se ocupaban de los negocios del siglo, ¿eran tantos como se dice? nosotros aseguramos que no, fundados en la verdad de la historia. Nosotros vemos á los obispos de Africa, de las Gaulas, de España, y de Inglaterra, que ocupados de sus obligaciones no frecuentan las cortes ni los palacios de los cesares; y que

probará contra estos y otros muchos el fausto de algunos obispos orientales? los que han cuido en estas faltas han sido censurados agriamente por los escritores eclesiasticos, prueba inequivoca de que la corrupcion no era general. Escribase de buena fe y no se olvide que este siglo cuarto fue muy fecundo de santos obispos, aún en el mismo oriente: que entónces estaban pobladas las soledades de santos solitarios que desprendidos enteramente del mundo vivian solo para Dios, y se ejercitaban en obras heroicas de todas las virtudes; que el olor de santidad salia de los monasterios, se difundia por las ciudades y estas querian tener sus obispos sacados de entre los monges como se verificaba muchas veces: estos obispos monges conservaban en sus sillas la simplicidad y austeridad de la vida monástica y carecian de todo lo que olia á vanidad.

Los ejemplos de virtud que daban los monges edificaban al clero y este se esforzaba para imitarlos. El abate Ducreux en su historia eclesiástica hablando del siglo cuarto dice: „El clero penetrado de los grandes ejemplos de virtud que daban los cenobitas, era excitado por ellos á acercarse á este genero de vida, en quanto podian permitirlo las obligaciones del ministerio eclesiástico. Con esta mira algunos santos obispos establecieron la vida comun entre sus clerigos. Estos tenian una misma habitacion, una misma mesa, practicaban los mismos ejercicios y seguian una misma regla. El obispo estaba

á su frente y su ejemplo era un poderoso estímulo para empeñarlos en el amor al retiro, al estudio y la oracion, á la humildad, al desinterés, al espíritu de paz y al zelo por la salvacion de las almas; finalmente, todas las virtudes propias de su estado en las cuales trabajaban para perfeccionarse con una santa emulacion.”

En el siglo quinto los barbaros derramandose en el occidente se apoderan de los pueblos y les sugetan á su dominacion, Roma cercada de calamidades oeshala su último suspiro y queda sepultada bajo las ruinas de los monumentos que le quedaban de sus antiguas glorias. En este tiempo dice Mosheim con otros, que los reyes aumentaron los privilegios de los obispos por un resto de su supersticion y en virtud del respeto que ellos tenian á los sacerdotes de sus dioses, que el lujo, la arrogancia, la avaricia y el libertinage se estendieron demasiado en el clero; y que los obispos no fueron vistos como santos sino por la ignorancia de los pueblos: que S. Martin era un orgulloso y S. Leon estaba dominado de la ambicion.

Estos enemigos del estado eclesiástico, como no ven las cosas como son en realidad, sino al traves de sus preocupaciones y espíritu de partido, encuentran crímenes en la misma virtud. No pudiendo sufrir ni la vida relajada de algunos eclesiásticos, ni las costumbres austeras de otros, ni las virtudes apacibles de muchos, ni el zelo laborioso de la mayor parte

de los obispos, que regian las iglesias siempre tienen que censurar y siempre buscan arbitrios para acriminar las mas santas acciones de los sacerdotes. ¡Hombres preocupados! anti-eclésiásticos injustos! no la supersticion, no la ignorancia de los barbaros hizo apreciables á los sacerdotes en su presencia: su mérito personal, sus virtudes admirables, su candor, su rectitud, su firmeza en sostener la religion santa de que eran ministros, y su zelo en propagarla, estos fueron los verdaderos motivos que les conciliaron el afecto y veneracion de los pueblos. Los santos Remigio de Reims, German de Auxerre, Lupo de Troyes, Eucherio de Leon, Apolinario de Clermont, Mamerto de Viena, Honorato, é Hilario de Arles, Juan Crisostomo de Constantinopla, Geronimo, Agustin, Paulino, Martin, Cirilo Alejandrino, Prospero, Pedro Crisologo y muchos mas que omitimos, por no ser tan difusos, eran el ornato de su siglo, y los pueblos y principes los amaban con ternura y respetaban con una profunda veneracion. Los papas S. Inocencio, S. Zosimo, S. Bonifacio, S. Celestino, S. Sixto, S. Leon el Grande &c. hicieron ver al mundo entero, que sus virtudes eran dignas del elevado puesto que ocupaban en la iglesia.

Veamos quien fue S. Leon, acusado de ambicioso. ¡O pontífice santo, ilustre doctor de la iglesia, verdadero padre del pueblo cristiano, é intrépido defensor de los derechos de la madre de todas las iglesias del orbe católico! ¡pen-

sarias, que en los últimos tiempos hombres mordaces te calumniaran de ambicioso, y procuraran obscurecer tus glorias con que admiraste á tu siglo? No podemos menos que asombrarnos, viendo como se trata á el alma del concilio de Calcedonia: los padres de este concilio, leida en su presencia la epístola de S. Leon á S. Flaviano, dicen que Pedro habló por la boca de Leon, reconocen el dogma enseñado por este santo pontífice, y se unen á su decision: esto hacen los obispos del ilustrado siglo quinto, y unos seres miserables, que tienen por patrimonio el error, desprecian á tan santo pontífice. El sostubo firmemente los derechos de la iglesia romana; ¡pero por ambicion? no. Un historiador imparcial dice, „antes de separarse los padres del concilio de Calcedonia, habiendo hecho un canon por el cual confirmaban las prerrogativas de honor concedidas á la silla de Constantinopla en el segundo concilio ecuménico; S. Leon mostró la mas grande firmeza en mantener las preminencias y los derechos de la silla de Roma. Su sabiduria le hacia prever las consecuencias que en lo sucesivo podian originarse de las pretensiones ambiciosas, que sobre esta basa levantaban los obispos de Constantinopla, mas el supo distinguir prudentemente este canon, que miraba como injurioso á la santa silla, de otros decretos del concilio cuya autoridad nadie sostubo con mas vigor y zelo.”

Por no querer aprobar S. Leon este canon por lo zeloso que era en sostener la

disciplina eclesiástica, por los sabios reglamentos que hizo en que como supremo pastor, ponía algunas trabas á los obispos, en fin, porque cumplía esactamente todos sus deberes es mal visto de los partidarios del error. Italia en su tiempo, oprimida de los barbaros, ¿quien como el la socorrió en sus necesidades? ¿quien se presentó á Atila rey de los hunnos en las riberas del Mincio, y ablandó el corazon de este rey feroz, que estaba conaturalizado con los homicidios? ¿Quien salió al encuentro de Genserico vencedor del Africa, cuando entraba á Roma, é impidió las muertes, los incendios y otros males, con que la licencia de los soldados podia haber affligido á Roma? ¿Acaso algun filósofo fue el que hizo todas estas grandes acciones? no: S. Leon, este santo pontifice fue el libertador de Italia, el padre de los pobres, el socorro de los affligidos, el intrépido defensor de los derechos de la iglesia, y el que con su dulzura, su caridad y su firmeza se hizo amar de los principes de su siglo y fue grande en todas sus obras. ¿Son pues justos los acusadores de S. Leon? es evidente que no, y que en las mismas acusaciones, con que pretenden obscurer las glorias de este héroe de la religion, ellos mismos se acusan de mordaces y enemigos de la virtud.

Tan injustas son las imputaciones que se hacen á S. Martin (1) como las que se ha-

[1] *Hablamos de S. Martin en el siglo*

cen á S. Leon. Referiremos el hecho porque se dice que era orgulloso este santo obispo. Una vez S. Martin estando en Treveris adonde fue á ver al emperador Maximo para interceder por algunos desgraciados, este principe le convidó á su mesa, teniendo el mayor gusto en que el santo obispo aceptase el convite. Presentándose en la mesa la copa al principe segun la costumbre, este la pasó á S. Martin, esperando que despues se la volviera al mismo emperador; pero S. Martin la pasó al eclesiástico que le acompañaba, manifestando en esto que era la persona mas digna despues de el, el eclesiástico, y haciendo superior el sacerdocio al imperio. En este hecho hemos de advertir, que S. Martin estaba con un principe, que le daba las mas sinceras pruebas de amistad, y que le respetaba como á ministro del Dios vivo, y como el que le acompañaba tambien era ministro del Señor, dignidad superior á todas las de la tierra por mas eminentes que sean, el santo quiso dar á entender en la corte lo respetable que era el sacerdocio, sin quitar al imperio nada de lo que justamente se le debe;

quinto, porque sus acusadores lo juntan con S. Leon, para censurar á ambos; pero este santo obispo pertenece al siglo cuarto, y aunque los autores discrepan en el año de su muerte, pero los mas la ponen al fin del siglo IV. y los que la fijan en el siglo V. es muy al principio de el.

mas no la hizo por orgullo y vanidad, como lo conoció el mismo emperador, que no se dió por ofendido de su accion. La emperatriz tambien respetó tanto á este siervo de Dios, que convidándole á su mesa ella misma quiso servirle. ¿Y en esto tambien acusaremos á S. Martin porque dejó servirse de la emperatriz? no en verdad, pues en estos casos veia el santo á los cesares, como hombres que respetaban y honraban en el el caracter augusto del sacerdocio; y cuando el los trataba como principes les daba todo el honor que esige la razon, la justicia y la religion.

En el siglo sexto dicen los enemigos del clero, que los eclesiásticos no pensaron sino en establecer supersticiones lucrativas, y que á la avaricia juntaron todos los vicios, lo que se prueba por la multitud de leyes, que se dieron en este siglo para corregir los desordenes.

En este siglo las costumbres de los fieles iban relajandose, y las grandes virtudes que en los siglos primeros de la Iglesia habian resplandecido en todas las clases de los pueblos ya no eran frecuentes como antes; pero la causa de esta relajacion venia en el occidente de la mezcla de los barbaros, que lo habian dominado, con los antiguos habitantes, "las continuas guerras, dice un autor, la diversidad de cultos, la poca autoridad y libertad de los obispos bajo principes arianos, el modo de redimir los delitos con dinero eran causas muy activas y muy multiplicadas para no producir los mas funestos efectos.

Habia dificultad para juntar los concilios y sus reglamentos por mas sabios y necesarios que fuesen, quedaban regularmente sin ejecucion porque se sabia substraerse de ellos con impunidad. Unos pueblos que mediante algunas monedas podian redimir una injuria, un robo y una muerte no dudaban cometerlos siempre que eran escitados por la venganza, ó por la codicia."

Si en el occidente los bárbaros fueron causa de la relajacion de las costumbres, en el oriente tambien hubo bastante relajacion en este siglo sexto, siendo causada por el despotismo de los emperadores, el poder de los eunuocos la bajeza de los cortesanos y las diversas sectas de los hereges, que rompiendo la unidad de la Iglesia formaron distintos partidos, que sus autores, ó factores se empeñaban en sostener sin pararse en los medios, aunque fueran los mas escandalosos. Los prelados hereges buscaban en el palacio el apoyo que no podian encontrar en las santas escrituras ni en la tradicion. La corte voluble, hoy prestaba su favor á quien se lo negaba mañana. El pueblo del oriente amante de novedades tomaba parte en las disputas de religion y siguiendo á los fanáticos partidarios del error aumentaba mucho los disturbios y hacia muchas veces correr la sangre de sus semejantes.

Estas causas muy poderosas para que el fervor antiguo se disminuyera, obraban con actividad, y los concilios que se celebraban y daban leyes para el arreglo de las costumbres no po-

dian producir todo el efecto deseado, porque no tenían los prelados todos los medios necesarios para obligar á su cumplimiento. Los pontífices legítimos que gobernaron la Iglesia supieron en medio de tantos males sostener la sana doctrina y resistir al error con fortaleza sacerdotal. Hormisdas hace ilustre su pontificado por sus desvelos en el cuidado de la Iglesia, y en procurar la reforma del clero, por la paz que procuró á las Iglesias de oriente y sus limosnas cuantiosas á los lugares santos. S. Juan es honrado como mártir muriendo en la prision en que le tenia el rey Teodorico porque no habia querido profanar la silla de S. Pedro desempeñando una embajada contraria á los intereses de la religion, Agapito firme en la observancia de los cánones niega al mismo emperador Justiniano lo que este le pedia en favor de los hereges arrianos, Silverio calumniado por sus enemigos, y desterrado, es victima de los enredos de la emperatriz Teodora y muere de hambre en la isla de Palmaria. Pelagio 1.^o presta cuantos auxilios puede á los romanos quando se hallaron sitiados por los godos: y S. Gregorio el grande es la admiracion de su siglo y de los siguientes por su ciencia profunda, su zelo por la propagacion de la fe y arreglo de las costumbres, su santidad, su humildad, su fortaleza en defender los derechos de la santa sede como lo acreditó resistiendo al ambicioso hipócrita Juan el Ayunador, y su ardiente caridad que no reconocia limites.

No solo en la silla de S. Pedro se vieron

resplandecer en este siglo las virtudes, tambien en las otras sillas episcopales. S. Cesareo obispo de Arlés, S. Medardo de Noyon, S. Germán de París, S. Gregorio de Tours, S. Efrén patriarca de Antoquía, S. Eulogio patriarca de Alejandria, S. Leonardo arzobispo de Sevilla, S. Fulgencio obispo de Ruspa y los demas venerables prelados que con una firmeza invencible sufrian en Cerdeña en defensa de la fe todos los trabajos del destierro en que los tenia Trasamundo, y últimamente S. Benito con sus monges hizo ver en este siglo que se reproducian las virtudes de los primeros, y que la Iglesia aun conservaba el vigor de la juventud.

La multitud de leyes dadas por los concilios en este siglo, ¿qué otra cosa prueba que el zelo de los obispos por el arreglo de la casa de Dios? Las divisiones que hubo en Roma por el pontificado ¿no es notorio que la causa fue el despotismo de los emperadores, y la ambicion de los grandes que quisieron disponer de esta eminente dignidad? Vease, pues, si el sacerdocio católico, ó el imperio, los bárbaros y los hereges fueron la causa de los desórdenes de este siglo.

En el siguiente continúan los males y se hacen las mismas imputaciones al clero y el ya citado Mosheim (1) con su mala fe acostum-

C 2

(1) *Este enemigo del estado e le fístico detesta con igual furor á los monges, cuando él vi á*

brada, dice que llegó el clero en el siglo sétimo al mas alto punto de orgullo, y que despreció al tanero los derechos del pueblo.

No fué el orgullo y ambicion de los sacerdotes la causa de los males de este siglo; los guerreros bajo el nombre de *nobles* fueron los opresores de los pueblos. Todo hombre que no portaba las armas era mirado como esclavo y los grandes ejercian sobre él un dominio despótico. La ambicion de estos trajo tambien bastantes males á la Iglesia, pues queriendo apoderarse de sus dignidades no perdian ocasion de atormentarla. Los emperadores de oriente, los eescarcos de Ravena, los reyes de los bárbaros, los grandes señores y los hereges ¡cuantas lágrimas hicieron derramar al clero en este siglo! ¡Y será justo atribuir los desórdenes al clero, y no á unos seculares poderosos, que dominados de un caracter brutal le tenian oprimido juntamente con el pacífico pueblo? Los romanos pontífices tubieron mucho que padecer, y S. Gregorio el grande, S. Leon II. S. Martin, y S. Agaton cuyas edificantes virtudes eran á todos notorias, y que jamas se mezclaban en negocios que no fueran

los siglos en que en la soledad hacian las penitencias mas estraordinarias, le llama á este género de vida una afectacion de piedad farisaica, y cuando ya no se conserva todo aquel estraordinario fervor, declama como un frenético contra la relajacion.

de pública utilidad en la Iglesia, se hallaron muchas veces en las circunstancias mas dificiles.

En medio de tantos males no faltaron en este siglo eclesiásticos admirables por sus virtudes. Los pontífices que acabamos de citar, pues S. Gregorio gobernó la Iglesia en fines del siglo anterior y principios de este, y S. Deusdedit son venerados en los altares. S. Isidoro de Sevilla, San Eugenio, S. Ildefonso, S. Julian de Toledo, San Braulio, S. Fructuoso, S. Sofronio de Jerusalem, S. Juan limosnero de Alejandria, los monges S. Columbano, S. Macsimo y otros con las lecciones y el ejemplo enseñaron la virtud y resistieron á los errores y vicios de su siglo. Los concilios dan decretos saludables y si no tienen todo su vigor es por las mismas causas del siglo pasado.

Los enemigos del sacerdocio dicen que en el clero del siglo octavo solo se veia el lujo, la glotoneria, la incontinencia, el gusto de la guerra y el de la caza. En efecto hubo estos desórdenes especialmente en las Gaulas, pero no fue tan general la corrupcion como se dice. Muchos de aquellos intrusos que por la tirania de los nobles ocuparon los obispados llevando consigo los vicios de su educacion á los puestos en que indignamente se colocaron, vivieron en el desorden; pero hay pruebas positivas de que los vicios que se observaban en las Gaulas, no se veian en otras naciones. ¡Y para remediar estos males no se tomaron medidas oportunas? si, y por esto se sacaron de los claustros muchos monges que

gobernaran las Iglesias arregladamente. El venerable Beda, Egberto obispo de Yorck, Alcuino preceptor de Carlo magno, S. Bonifacio arzobispo de Maguncia, S. Juan Damasceno, S. Crodegando obispo de Metz, Teodulfo obispo de Orleans, S. Paulino de Aquileya, Ambrosio de Autpert, Pablo diácono, y otros muchos eclesiásticos se distinguieron por su santo celo, y por sus trabajos en el cumplimiento de su ministerio: si en sus escritos no se encuentran unos modelos de elocuencia; ellos respiran la piedad mas sólida.

De los pontífices de este siglo copiaremos lo que dice un historiador. "Los pontífices que ocuparon la santa sede... eran la mayor parte hombres de mérito, animados de un celo sincero por la conservacion de la fe y de las costumbres, aplicados á los negocios de la Iglesia, y que estendian su atención y vigilancia á todas las partes de la herencia de Jesucristo, confiada á su solicitud. Tales fueron entre otros Zacarias, Estevan II, Gregorio II, Gregorio III, Adriano I, y Leon III, los cuales atendian á todo lo que pasaba en el oriente y en el occidente, se oponian con todo su poder á los progresos del error y del vicio, sostenian con sus consejos y beneficios á los operarios evangélicos, que trabajaban en formar nuevos cristianos en los países situados al norte de la Francia, y en Alemania respondian á las consultas que se les hacian de todas partes, procuraban que hubiese concilios, y para bien de la Iglesia universal cuyo peso cargaba sobre e-

llos, se conciliaban la proteccion y amistad de los príncipes, especialmente de los príncipes franceses que eran los mas poderosos de la Europa y los mas afectos á los intereses de la religion. A los cuidados de estos papas se debe el haber terminado felizmente el gran asunto de las imágenes que habia causado una conmocion tan violenta en todo el oriente: el el haber recibido el merecido castigo las imposturas de Adalberto, de Sanzon y de Clemente: el no haberse libertado del anatema los errores de Feliz y Elipando, y el haberse condenado las supersticiones que se mezclaban con el verdadero culto. De este modo, dice un sabio escritor de nuestros dias, en medio del cuerpo religioso encargado del depósito de la fe, conservaba sin alteracion la doctrina de Jesucristo, su moral y el culto que habia establecido."

Se quiere suponer que las donaciones que en estos tiempos se hacian á las iglesias eran un efecto de la ambicion de los clérigos que enseñaban que este era el mejor medio para borrar los pecados; pero los autores imparciales no piensan de este modo, y la clausula que se hallaba en estas donaciones *pro remedio animae mae*, no significa, que por ellas conseguian el perdon de sus pecados, sino que haciendolas restituian lo adquirido por medios injustos y asi aquietaaban su conciencia, y no es extraño que las restituciones de bienes pertenecientes al pueblo se pusieran en las iglesias, pues en el tiempo que este gemia bajo la tirania de los grandes, encon-